

Una novela sobre la verdad, el valor y el perdón

La
SOBRINA

María Pilar Clau



María Pilar Clau

La sobrina

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Pilar Clau, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Mark Owen / Trevillion images

Primera edición en Colección Booket: enero de 2018

Depósito legal: B. 22.618-2017

ISBN: 978-84-08-17748-7

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo I

Todos los miembros de la Consejería de Investigación y Universidad sabían que el nuevo director general era el amante de la consejera y que esa había sido la causa de su reciente nombramiento. Todos excepto Sofía, la asesora de Comunicación. Sofía Delibes miraba la vida superficialmente y, en sus abúlicas ojeadas a los demás, percibía, si acaso, lo que le fuera agradable, divertido o práctico. La incomodaban los chismes y los enredos, y se negaba, en consecuencia, a escuchar cualquier habladuría. Ni siquiera ella habría sabido explicar si lo hacía por respeto a aquellos a quienes se enjuiciaba o si, más bien, por no cargar su preciosa cabeza con enigmas y secretos que nada le incumbían. Fuese cual fuese el motivo, sus compañeros se abstendrían de despellejar a nadie delante de ella; por eso no había llegado a sus oídos que Pepe Varea, primero conductor de la consejera y ahora director general, era, además, el querido de la jefa. Con razón la periodista fue la única que se llevó las manos a la cabeza cuando, a punto de terminar la junta del departamen-

to, Varea irrumpió en la sala fumando y, después de besar a la consejera en el cuello y sentarse a su lado con los pies sobre la mesa, dijo que solo asistiría a las reuniones si se celebraban después de las doce del mediodía, porque sus noches tórridas y prolongadas no le dejaban madrugar. Tras ese exabrupto, la consejera dio por concluida la sesión e invitó a todos a abandonar su despacho para quedarse a solas con el director. Llena de estupor, Sofía le relató lo sucedido al secretario del departamento.

—¡Cómo se ha atrevido! —exclamó abriendo de par en par sus ojos castaños.

—Creía que no te gustaban los cotilleos —dijo el secretario sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—¡Pero esto no es un cotilleo! Te hablo de algo que acaba de ocurrir —repuso la periodista con seriedad.

—Vives en las nubes, Sofía. —El secretario apoyó los brazos sobre la mesa y, tratando de dominar una sonrisa apenas perceptible, con los ojos llenos de satisfacción, murmuró—: Están liados desde...

Aún no había terminado de hablar cuando salió la consejera de su despacho con el director general.

—¿Está abajo Federico? —preguntó ella al secretario sin mirar a Sofía.

—Sí —respondió el secretario.

—Bien. Avísalo de que bajamos ahora. Nos vamos. Si me llama alguien, dile que tengo una reunión fuera del despacho.

—Recuerde que a la una y media tiene consejo de Gobierno.

—¡Mierda! Se me había olvidado por completo. ¡Los Consejos de Gobierno son siempre a las diez y media!

—El presidente recibe hoy al embajador de Tokio, por eso cambiaron la hora.

—¡Ya lo sé! Pero no me acordaba. Tendremos que cambiar nosotros los planes —dijo después dirigiéndose al director general, que no respondió nada, y ambos entraron de nuevo en el despacho.

Sofía había escuchado la conversación mientras observaba al director general fisgando en el bolso de la consejera: sacó un paquete de tabaco y un mechero y se puso a fumar como si aquello fuera lo más normal. La asesora iba a decirle algo al secretario cuando volvieron a quedarse solos pero prefirió callar.

—Bajo a redactar la nota de prensa —dijo solamente.

Sofía Delibes era una de las periodistas del equipo de Comunicación del Gobierno autonómico. Jorge Ugarte, su marido, había conseguido colocarla ahí gracias a sus influencias. Él mismo había sido años atrás asesor de un consejero y más tarde, por medio de unas oposiciones convocadas a su medida, Ugarte obtuvo una plaza fija en el departamento de Urbanismo y Vivienda, ocupación esta que le ofrecía entre muchas otras ventajas la de poder intercambiar favores con empresarios o con altos cargos proclives a ello. Cuando despidieron a su mujer del periódico para el que trabajaba, vislumbró la oportunidad de que la nombraran asesora de Comunicación en el Gobierno. Fue entonces cuando Sofía tomó conciencia del peso que su esposo tenía en el Ejecutivo, y lo que en otras circunstancias habría juzgado injusto y deshonesto, lo estimó en ese momento «imperioso». No porque no pudieran vivir solo con el sueldo de Jorge, que era bastante elevado y, además, casi no había un mes en que no recibiera cantidades extraordinarias por un

concepto u otro, sino, sobre todo, porque ella consideraba indispensable disponer de su propio salario para hacer frente a sus necesidades más elementales, a saber: vestidos de más de quinientos euros, zapatos adecuados para cada conjunto y cada ocasión, bolsos de piel que no desentonaran, cremas carísimas que conservaran la juventud de su espléndida piel, peluquería, masajes, tratamientos de belleza, etc. La belleza era un bien que Sofía Delibes poseía a raudales, y preservar y realzar este capital con el que la naturaleza la había dotado era para ella una obligación. Por eso, cuando supo cómo había conseguido Jorge que le hicieran un hueco en el departamento de Comunicación, admitió sin rechistar que aquello había sido «irremediable». Así fue como la periodista se inició en el arte de sustituir palabras, sutileza que le era bastante ventajosa para no acusar a nadie de nada, para moverse airoosamente dentro del Gobierno y para no sentirse nunca culpable. Esa nueva semántica la hacía creerse moderadamente dichosa con su trabajo, si bien se derrumbaba en alguna ocasión si se atrevía a contemplarla desde la vida de verdad y no desde su entorno laboral. El no acusar, no murmurar y no juzgar la redimía cuando la inquietaban los remordimientos por no denunciar determinadas acciones contrarias a los intereses públicos. A última hora de la mañana, Tomás López, el director de Comunicación, se presentó ante su mesa y le preguntó si era cierto que Pepe Varea había entrado borracho y fumando a la reunión del departamento. Sofía dijo que no lo sabía.

—Tú estabas ahí —insistió Tomás.

—Sí, pero yo no sé si estaba borracho —replicó Sofía.

—¿Tampoco has visto que estaba fumando?

—No me he fijado. Yo estaba tomando notas para redactar la nota de prensa —zanjó ella.

López empezaba a impacientarse con esa costumbre que Sofía tenía de eludir cualquier polémica relacionada con la falta de responsabilidad de los miembros del Gobierno —así se refería el director de Comunicación a aquellas cuestiones que podían entrar en conflicto con los deseos del presidente o con los suyos propios—; pero la periodista estaba decidida a mantenerse al margen de cualquier círculo de opinión, incluido el del propio jefe del Gobierno. Creyó que este buscaba un pretexto para destituir a Varea. Pero qué equivocada estaba. Apenas se hubo marchado Tomás, sonó el teléfono de su mesa y oyó de nuevo su voz: el presidente la esperaba en su despacho. Supuso que ahora iba a ser el mismísimo mandamás quien le hiciera idénticas preguntas a las que acababa de oír y se dirigió hacia allí decidida a darle iguales respuestas. El presidente no estaba sentado en su mesa, sino en el sofá donde atendía a las visitas y, para sorpresa de Sofía, a su lado se encontraba Pepe Varea, el cual escondía su mirada bovina tras el humo de un cigarrillo.

—¿Negarás ahora que lo has visto fumar? —le preguntó el presidente cuando la vio en el umbral de la puerta—. Pasa y siéntate, por favor. Ya nos has demostrado que eres una mujer discreta y eso es precisamente lo que ahora necesitamos. Pepe debe llevar a cabo una negociación especial dentro de la Consejería —prosiguió sin dejar que ella articulase ni una sola palabra— y necesita la colaboración de otra persona que solo puedes ser tú. Nadie más puede enterarse de nada. Y cuando digo nadie, incluyo, por supuesto, a la consejera.

Sofía no entendía nada. Si ese hombre era íntimo de

la consejera, si se suponía que, como acababa de enterarse, era director general gracias a ella, ¿por qué actuaba a sus espaldas? El presidente se dilataba con circunloquios que no llegaban a ninguna parte y la periodista presintió que acababa de caer en una trampa. Antes de saber qué se proponían, estaba ya discutiendo cómo salir de ahí. El director de Comunicación entró entonces en el despacho y sonrió al presidente con complicidad y sumisión.

—Tomás, explícale tú a Sonia cuál va a ser su trabajo.

—Sofía —lo interrumpió ella con seriedad.

—Eso, a Sofía —se corrigió el mandatario mientras se dirigía a su mesa.

En los cerca de dos años que la periodista llevaba trabajando en el Gobierno, el presidente se había referido a ella solo en tres ocasiones y en las tres la había llamado Sonia. Pepe Varea comenzó a hablar de las ayudas que iban a recibir del Gobierno central y de la Unión Europea para financiar proyectos de investigación relacionados con la salud. Las subvenciones estaban destinadas a grupos de científicos de la Comunidad Autónoma que trabajaran en colaboración con equipos de otros países europeos. Era justo lo que Sofía acababa de escribir en la nota de prensa.

—No vas a mandar esa nota —dijo Varea como si hubiera adivinado el pensamiento de la periodista.

—¿Por qué no? Es lo que la consejera me ha explicado esta mañana. Ella ya le ha dado el visto bueno.

—Ya te ha dejado claro el presidente que la consejera no tiene nada que ver con esto —intervino el director de Comunicación.

—Tenemos ideas mejores —agregó Varea con pretendida ironía.

Se produjo un silencio inopinado y Sofía infirió que estaban esperando a que ella preguntara por esas ideas mejores, pero no lo hizo. Ni siquiera se atrevió a figurárselas. Lo único que contenía su cerebro en ese momento era la duda sobre si existiría o no la posibilidad de librarse de la presión a la que intuía que iban a someterla. Querían hacerla cómplice a la fuerza. Todavía no sabía de qué, pero cómplice; ignoraba cómo sustituir esa palabra. Se acordó de que ella formaba parte de lo que denominaban «personal de confianza del presidente». Pero una cosa era la confianza en su trabajo, en su discreción, y otra muy distinta la conchabanza. ¡Claro que cobraba un buen sueldo! Pero como asesora. Eso es lo que ponía en su hoja de nombramiento. Sofía sabía ya, no obstante, que en el Gobierno había dos tipos de asesores: los que de verdad asesoraban, que eran los que llevaban la batuta, y los que tocaban los instrumentos a la manera que les indicaban los anteriores. Los que mandaban y los que acataban y estaban dispuestos a llevar adelante cualquier propuesta, cualquier proyecto, por descabellado, inútil o amoral que fuera. Y era evidente que la periodista formaba parte del segundo grupo. Y aún había un tercero —se acordó—: los asesores que ni dirigen ni tocan; solo cobran; reciben el sueldo todos los meses pero no trabajan, ni siquiera van a trabajar. Sofía discernía de pronto la realidad desnuda, despojada de los retoques, de los filtros que le aplicaba su particular e interesada semántica, y se sintió decepcionada consigo misma. ¿Qué aportaba a la sociedad desde ese empleo? Nada. Solo mentiras, fingimiento e hipocresía.

—Acabo de mandarte por e-mail la nota que tienes que publicar en la web —dijo Tomás—. La buena. El

director general le explicará mañana a la consejera las ventajas de este cambio de proceder.

—¿Mañana? ¡Pero mañana habrá salido ya la nota en los periódicos! ¡Ella ya se habrá enterado!

—De eso se trata —respondió Varea acentuando el sarcasmo.

—¡Pero los medios la llamarán para que haga declaraciones! —insistió Sofía.

—Te llamarán a ti para hablar con ella y tú te ocuparás de decirles que ella no va a hablar hasta mañana. Cuéntales que está reunida, que está de viaje..., lo que quieras, pero encárgate de que no hablen con ella.

—Algunos periodistas tienen su móvil.

—Sí, pero ella lo ha perdido esta mañana —repuso Pepe Varea con retintín mientras alzaba el teléfono de la consejera.

Por una milésima de segundo, solo por una milésima de segundo, Sofía estuvo tentada de sentirse importante —pícaro vanidad—, halagada porque el presidente había contado con ella para un asunto que parecía ser trascendente para él; si bien el orgullo se esfumó de inmediato y la invadió una repentina aversión por cada uno de los tres hombres que tenía ante sí, por su trabajo, por ella misma y por su marido por haberla metido ahí.

—Puedes irte a mandar la nota. Si en estos días tienes alguna duda sobre cómo actuar, pregúntale a Pepe —le dijo Tomás.

Los compañeros de Sofía comprendieron que algo le había ocurrido cuando la vieron entrar en la sala de Comunicación con las mejillas inflamadas e iracundos

los ojos, aunque nadie se atrevió a preguntarle. Sofía se sentó delante del ordenador y descargó en el escritorio la nota de prensa que acababa de mandarle Tomás. Vio una errata en el titular pero no la tocó, se limitó a leer el texto con atención. El dinero que habían de destinar a la investigación iban a desviarlo a otro propósito: la construcción de un gran edificio para los grupos de científicos y pisos que estos tendrían derecho a comprar o alquilar con algún descuento. El Gobierno iba a adquirir los terrenos e inmediatamente sacarían a concurso el proyecto. ¡Qué desfachatez! ¡Qué cinismo! ¡Qué falta de humanidad! No conseguía disfrazar de «forzosa» o de «indispensable» una injusticia tal. Ella misma había entrevistado y había escrito reportajes sobre algunos grupos de investigación cuando trabajaba en el periódico. El alzhéimer, el párkinson, el cáncer, la vacuna de la tuberculosis..., tantas cosas de verdad importantes y necesarias a cambio de un edificio con cuya construcción ellos iban a lucrarse. Desde que trabajaba en el Gobierno había conseguido su propósito de no formarse juicios y opiniones sobre las acciones de los demás, pero una cosa era eso y otra que quisieran utilizarla para sus torvos intereses. Pasaban ya de las tres de la tarde y se había quedado sola en la redacción. Iba a apagar el ordenador sin mandar la nota de prensa, pero eso habría sido marcharse para no volver. Lo meditó durante unos minutos y después publicó en la web la que ella misma había escrito primero. La noticia llegaría en ese mismo instante a los medios de comunicación que estaban suscritos a la información gubernamental, es decir, a todos. Nada más publicarla experimentó un alivio fresco y relampagueante, como una tormenta que se anhela tras una insoporta-

ble y prolongada canícula, junto con el orgullo de haber hecho por fin algo por la sociedad. Justo lo que deseaba cuando entró a trabajar ahí. Si le exigían explicaciones, diría que se había equivocado, que envió la primera nota por error. Su marido, que tanta influencia tenía, conseguiría mantenerla en su puesto.